

EL TALLER DEL HISTORIADOR

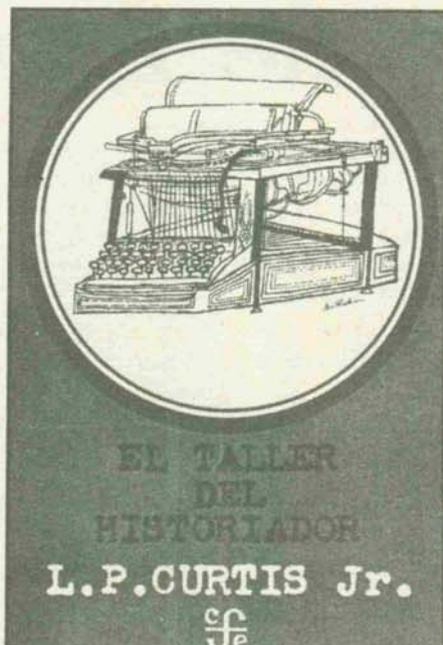
Ciencia triplemente humana, la historia. Pues si, como ya señaló Bloch, su objeto son «los hombres en el tiempo», hombres son también —como en toda ciencia— sus creadores y sus directos destinatarios. Ahora bien, ¿qué es lo que empuja precisamente a los segundos a ahondar con obstinación en el pasado, a inventariar, ordenar y buscar sentido a las huellas más diversas dejadas por quienes los precedieron, a recrear modos de vida e instituciones ya periclitados, a buscar leyes y establecer relaciones entre culturas distantes en el espacio y en el tiempo?

Acaso la respuesta esté en la observación que al propio Bloch le hizo en cierta ocasión Henri Pirenne y que aquél cita con religiosa devoción en ese maravilloso librito que es «L'Apologie pour l'Histoire»: «Soy historiador porque amo la vida».

Porque ama la vida, el historiador trata de resucitar, de rescatar para la memoria del hombre lo que una vez fue y ahora está muerto. Pero ¿lo está realmente? ¿Acaso todo lo que ha sido no sobrevive de mil maneras en lo que somos? E incluso en el caso de instituciones o culturas prematuramente abortadas, ¿no resultará su conocimiento igualmente positivo aunque sólo sea por la vía del contraste?

Mas lo fascinante y lo terrible al mismo tiempo del pasado es su carácter de inevitable. Se trata de un material bruto que el historiador podrá pulir o iluminar según su bies particular, pero que de ninguna manera podrá modificar a su antojo. El pasado está ahí, y sólo cabe aceptarlo.

De acuerdo con eso, ¿qué es lo que hace que de esa cantera riquísima y prácticamente inagotable, un historiador privilegie tal o cual aspecto mientras que otro atiende exactamente al opuesto? ¿Según qué criterios juzga este o aquel estudioso la pertinencia de unos datos, de unos testimonios? ¿Qué incita a uno a bu-



cear en la conciencia de un personaje excepcional mientras que su colega intenta recrear la conciencia de una colectividad en un momento determinado del acontecer histórico? ¿Por qué razón un historiador se fija, por ejemplo, en la evolución del estribo o de la forma del badajo de las campanas mientras que otro se interesa por las corrientes migratorias o las tasas de cambio?

¿Hasta qué punto todo relato, incluso el más objetivo en apariencia, está lastrado ideológicamente? ¿En qué medida influyen el entorno, las circunstancias históricas y hasta los traumas infantiles del estudioso en su selección de temas o en su tratamiento del material a su disposición?

Preguntas de este tipo movieron a un historiador, **L. P. Curtis, Jr.**, a pedir a algunos de sus colegas de más prestigio dentro del mundo académico que, violando un viejo tabú, abrieran por una vez al público sus **talleres** tan celosamente custodiados. No se trataba de ninguna manera de utilizar y contrastar las posibles respuestas para elaborar un método que pudiese servir a futuros historiadores a la hora de iniciar sus investigaciones, empresa imposible habida cuenta de la heterogeneidad de los planteamientos respectivos, sino, mucho más modestamente, de descubrir las motivaciones, los modos diversos de enfrentarse a los problemas, las génesis de sus distintas hipótesis (1).

Como quiera que el responsable de la edición dejase a los historiadores que aceptaron colaborar libertad suficiente para que cada cual enfocara a su manera las condiciones de gestación de su «obra más importante u original», las respuestas habían de ser por necesidad variadas.

Así, mientras éste se centra en la influencia del decorado sobre su estado de ánimo a la hora de sentarse a escribir, aquél señala la influencia del azar en la elección de sus temas, un tercero hace una valiente autocrítica, señalando las vacilaciones y temores que le asaltan al releer su obra, y aquel otro se queja de las presiones que obligan al historiador a publicar continuamente como único modo de ganar prestigio en la universidad.

Si el resultado de la encuesta es, pues, obligadamente heterogéneo, precisamente por ello nos comunica una mayor impresión de vida, tal y como si se tratase de confirmar las palabras de Pirenne. No era otro el propósito del autor ■ **JOAQUIN RABAGO**

(1) Entre los historiadores que atendieron la invitación, casi todos ellos del mundo anglosajón: **Vivian H. Galbraith, Robert Brentano, Jan Vansina, Joseph R. Levenson, G. F. E. Rudé**, y el propio **recopilador**. Del traductor vale más no acordarse.

LOS ESCRITOS SOCIALISTAS DE UNAMUNO

Recopilados y presentados por **Pedro Ribas**, que realiza un amplio estudio preliminar, esta selección de **artículos de Unamuno** supone un intento serio de poner en claro algunas de las características del **pensamiento unamuniano en su vertiente socialista**, así como de resaltar algunos de sus rasgos característicos.